

nó sus primeros discípulos, ni que estos dexasen de gozar los mismos derechos sobre su corazon. En sus cartas les hizo ver patentemente las justas causas de su ausencia. No olvidó la autoridad que conservaba en su gobierno, porque les recordó sus obligaciones; ni los derechos que ellos tenían sobre su ternura, porque les consoló en sus tribulaciones: ni la esperanza que conservaba todavía de presidir sus exercicios, pues les anunció su vuelta, demasiado tarda para sus deseos, como quiera que su cumplimiento pendiese solamente del cielo (1).

En el retiro de la Calabria vivia *Bruno* olvidado de todos, y se lisongeaba de estarlo. Su única ocupacion se reducía á perfeccionar su conducta y la de sus discípulos, cuya prodigiosa penitencia les aplaudia.

Mas no, gran Dios, vos no quisisteis que estuviesen mucho tiempo ocultos é ignorados. Conducisteis al retiro de un nuevo Benito á otro Totila, príncipe acreedor á las singulares atenciones de vuestra providencia por su apego á la Iglesia, su zelo por sus pontífices, su invencible firmeza contra los Sarracenos: príncipe en quien la equidad era la ley, y cuyos sentimientos se honraban con su beneficencia; que respetó la virtud, amó la verdad, practicó el reconocimiento y dió á la Religion el admirable exemplo de una

(1) *Mibi desiderium est veniendi ad vos, & vivendi & quando potero, opere adimplebo, Deo juvante. Epist. 15. Brun. ad filios suos majoris Cartutia.*

una grandeza sin fausto, un valor constante, una alma grande y nada ambiciosa; en una palabra, Roger, conde de Calabria y de Sicilia (1).

Guiado por la propia mano de aquel Dios que enseñó á David á Samuel, pasó este príncipe las vastas florestas de sus estados, y penetrando hasta la soledad de *Bruno* le encontró con sus discípulos empleado en hacer oracion... Detúvole la admiracion, y le sobrecogió el asombro..... Preguntóles el estado que tenían, y el motivo de su retiro; pero nada respondieron á sus curiosas indagaciones. Todo quanto les interesaba lo miraba como cosa suya. Aquello que la curiosidad le hacia conocer, se lo hacia la reflexion respetar. Mas no tardó mucho en mudarse el respeto en confianza, y la confianza en amor. Recorred la historia y vereis la fe con que Roger fundaba todas sus esperanzas en las oraciones de nuestro Santo, y con quanta seguridad y confianza le recomendaba la paz de sus estados. En su pecho depositaba los secretos de su conciencia. Le llamó á su corte, y era su querido Jonatas, el Nathan á quien consultaba, el Esdras á quien reverenciaba y el Eliseo á cuya proteccion se acogia.

Yo, Señores, no me retractaré de esta última expresion. La prudencia humana la cree-

(1) Roger. I. llamado el *Giboso*. Este príncipe echó á los Sarracenos de toda la Sicilia. Vease el Diccionario de Moreri, letra R.

creará demasiado atrevida. Los anales de la Calabria os harán ver que tiene por garante un prodigio.

Oigamos hablar el reconocimiento del príncipe. Quando yo estaba empleado, dice, en el sitio de Capua, habia puesto á la cabeza de mis exércitos un hombre de quien me prometia el buen éxito de mis empresas. ¡Ah! ¿Como podia yo esperar que haciéndose infiel se dexase corromper de mis enemigos? Iba á serme traidor, y lo ignoraba. ¿Que acontecimiento tan dichoso fué el que me hizo ver su modo de obrar, y advertir sus funestas consecuencias? Mientras me entregaba á las dulzuras del sueño, ví.... ¡O santo Dios! Ví que se acercaba á mí un hombre venerable. Sus vestidos estaban derrotados, y parecia que me anunciaba con sus lágrimas el vivo dolor de que se hallaba penetrado. Yo creo que le pregunté la causa de las lágrimas que vertia. Lloro, me respondió, las almas de los christianos, y me compadezco tambien de tí mismo. Acude, librate y libértá á tus soldados.... ¡Ah! dixé yo para mí despues que desperté. Este que yo creía ver era el mismo Bruno. El era quien me hablaba. Sobrecogido, espantado y lleno de precipitacion, fuí á executar lo que me prevenia el sueño. Llégoo... Me descubre Sergio, y huye baxo los estandartes de Capua.... Iba á entregarme con mi exército. Ví el peligro y le evité. Vencí. A Bruno debo el homenaje de mi felicidad, y de mi victoria.... Pero no, su humildad no le permite declararse por mi libertador. El apli-

aplica toda la gloria al Dios de los exércitos. Rehusa mis dones, y solo se reserva mi confianza. La merece; pero reconocido mi corazon, jamas olvidará que le debo mi gloria y mi vida (1).

Aunque habia gracias que desechaba, tambien solia aceptar algunas. Quando la liberalidad de Roger le proporcionaba establecimientos solamente útiles á la gloria de Dios, eran unos beneficios que lisongeaban al santo fundador, como que no perjudicaban al noble desinterés que practicaba y predicaba á sus discípulos.

A los que tenia de estos en la Calabria, los dirigia con la sabiduria de un legislador, y con la ternura de un padre. ¿Quanto no podian aprovecharse tambien de sus exemplos los de la Cartuja? Para no apartarse de ellos, encargaron al que estaba en lugar de Bruno, que lo consultase todo con él. La gran distancia que habia no servia de obstáculo á Landuino. Su zelo le prestaba fuerzas para todo. Se presentaba á su maestro y le admiraba; estudiaba su conducta y se aprovechaba de ella. Anda Landuino, ve á la Cartuja y lleva los sentimientos de tu justa veneracion, y el verdadero espíritu de su fundador. ¡Ah! Me parece que estoy viendo á este hombre respetable entregado al poder del cismático Guiberto. Inutilmente intentaba atraer á la obediencia, á la reflexion y á la unidad á este azote de la Iglesia.... ¿Qual fué la re-

com-

(1) Surius. 6. Oct.

compensa de su zelo? La pérdida de la libertad. Solo la recobró para volver muy en breve á Dios aquella grande alma que se habia sacrificado por su gloria. ¡O santo fundador! ¡De quanto consuelo te sirvió ver que el segundo General de tu Orden fué el primer martir de ella! ¿Quantos la ofrecerán en lo futuro la Inglaterra, Flandes y Holanda? ¡Ah! Si ella pudiera leer la suerte de los venideros, veria, que si todos sus hijos no eran mártires, á lo menos eran capaces de serlo, pues que son santos. Está tan universalmente admitida esta reputacion de santidad, que negarla seria contradecir la persuasion de todas las naciones y tiempos. Por lo mismo he dicho, que la gloria de *Bruno* se atrae desde el seno de su retiro la admiracion de todos los siglos, cuyos votos reune.

Aun vive este hombre prodigioso, decia á fines del duodécimo siglo uno de sus panegiristas. *Vivit adhuc Bruno* (1). En el dia podemos asegurar tambien nosotros, porque vive en esta solemne profesion de fe, monumento inmortal que comprueba sus últimos sentimientos. Recoged, discípulos fieles, recoged los oráculos de vuestro moribundo padre para que por vuestro conducto pasen á los venideros. Yo creo, os dice; mas ¿que es lo que cree? Todo quanto enseña el Evangelio, todo quanto cree la Iglesia. El expone con particularidad su inviolable adhesion á la infalible creencia de la presencia real de

(1) Poema latino en elogio de *San Bruno*.

de Jesu-Christo en la Eucaristía, creencia atacada entónces por Berenguer, cuya audacia detestaba igualmente que sus errores (1). Murió, en fin, con la muerte de los justos, aquel hombre que era la maravilla de su siglo.

Pero aunque murió vive todavia. *Vivit adhuc Bruno*. Vive en los brillantes testimonios que desde el mismo instante de su muerte dieron de sus virtudes y ciencia todas las iglesias de Italia, Francia, Alemania y Flandes (2). Luz de la clerecia. *Clericorum lumen*. Honor del sacerdocio. *Sacerdotum splendor*. Estrella del desierto. *Stella deserti*. Fortaleza de la Iglesia. *Ecclesie murus*. Doctor de los Doctores. *Doctor Doctorum*. Arbitro de la eloquencia. *Loquendo dissertus*. Oráculo de los filósofos. *Fons Philosophiæ*. Intérprete de la Religion. *Religionis interpres*. Vencedor del mundo. *Montium spretor*. Guia de los santos. *Dux sanctorum*. Hombre superior á todos los de su siglo. *Vir eximius*. Esta no es mas que una parte de los titulos que consagran á su gloria el ingenio, la erudicion, la piedad y el reconocimiento. *Bruno*, dice Maynardo Abad de Cormeri, era mi maestro. Jamas olvidaré la dicha de haber sido su discípulo, y si he hecho algunos progresos en las letras humanas y en las ciencias divinas, nunca dexaré de

(1) Protestacion de la fe de *San Bruno* á la hora de la muerte. Véase D. Mabillon, que la trae toda entera. *Analecte* pág. 447.

(2) Véase á Surio 6. Oct. y las Chron. del Orden de los Cartujos.

confesar, que es á él á quien se lo debo (1). Nuestro Santo, pues, aun vive en sus obras y en su Orden. *Vivit adhuc Bruno*. Su pluma no dexó escrito á sus hijos el código especulativo de las rigurosas obligaciones que inviolablemente debian observar (2). Sus exemplos, su fervor y sus votos fueron por mucho tiempo su viva y única regla. Aquellas á las quales les han sujetado sus superiores, no son sino el resultado de las palabras que los hijos recogieron de la boca de su padre. A la reminiscencia ó recuerdo de sus acciones, siempre presentes á su vista, deben el mérito de conservar en la decadencia de los siglos toda la exáctitud de su primer fervor. Otras religiones han experimentado la poco honrosa necesidad de una reforma. Esta jamas ha tenido precision de ella. Otras tienen apologistas, pero tambien enemigos. Esta no tiene sino admiradores, y aun se puede añadir, que ella misma rebaxa los elogios que se la quieren hacer. Quanto mas bien se la contempla, otro tanto mas bien parece que se advierte el tiempo de su origen; y por una ilusion edificativa, se dexan de sentir sus exemplos, porque parece que aun se tienen presentes.

Sí, hermanos míos, todavía parece que respira Bruno. *Vivit adhuc Bruno*. El es quien hon-

(1) *Annales. Benedict. t. 5. p. 669. Titul. S. Paul. Cormaricensis.*

(2) *Nullam vivendi formam à Sancto Brunoë scriptam fuisse credimus... Documenta, & exempla erant quasi vivens regula. Annal. Cart. c. 3.*

honra en sus discípulos á Francisco de Asís, Felipe Neri, Cárlos Borromeo y Teresa de Jesus.

A Bruno es, como á su origen, á quien deben llegar todos los elogios que dan á sus discípulos el Abad Guiberto, que se deleitaba en escribir la austeridad de su vida, el heroismo de su desinterés (1). Pedro el Venerable, que se atrevió á asegurar al Papa Enrique IV, que entre todas las Ordenes religiosas que forman el consuelo y la gloria de la Iglesia, no hay ninguna que pueda entrar en paralelo con la de nuestro santo fundador (2). San Bernardo, que pinta á sus discípulos como habitantes del cielo mas bien que de la tierra, sintiendo no participar de sus santos ejercicios, y asegurándoles, que en defecto de su persona poseen su espíritu y su corazón (3). Guillermo, Abad de San Thierry, que compara su vida á la de los ángeles (4). Pedro de Blois, que despues de haber pintado á los discípulos de Bruno baxo todos los aspectos que caracterizan á los solitarios de Scitia y la Tebayda, asegura en honor de esta Orden, que su reputacion no tie-

(1) Guibert. *Abbas Sanctæ Mariæ de Novigento in vitâ suâ. Edit. d' Achery.*

(2) *Instituta Cartutiensia universarum Religionum institutionibus prætulit. Petr. Clun. Epist. 25.*

(3) Bern. ad Guigon. Prior. maj. Cart. Epist. II. & 12.

(4) *Institutio vestra..... par Angelis est.... Non vestrum est languere circa communia præcepta, neque hoc solum attendere quid præcipit Deus, sed quid velit. Epist. ad fratres de monte Dei falsò attribuitur Divo Bernardo.*

tiene otros límites que los del Universo (1).

A Bruno es, como á su origen, á quien deben llegar los gloriosos testimonios que dan á sus discípulos los honoríficos privilegios que concede á su Orden la aprobacion auténtica que dan á las leyes, que la distinguen todos los soberanos pontífices desde Alexandro III, hasta Benedicto XIV. Clemente III aplaudió su vida contemplativa. Su penitencia fué elogiada por Lucio III. Celestino III alabó su soledad. Inocencio IV nos les representó como unos hombres de fuego por el ardor de su caridad, y como cadáveres vivos por el rigor de su abstinencia. *Fervore charitatis igniti, rigore abstinentiæ pallidi*. Seria menester seguir la serie cronológica de todos los pontífices que han gobernado la Iglesia para nombrar á todos aquellos en quienes la Orden de Bruno ha encontrado grandes protectores, bienhechores magníficos, admiradores sabios. Reparemos en Benedicto XIV. Este Pontífice dió á los discípulos de nuestro Santo una superior alabanza, comprobada por el exemplo de su mismo fundador. *Esta Orden, dice, se cuida mas de formar muchos santos para el cielo, que de reclamar para ellos los honores de la tierra* (2).

En efecto, ni aun para su mismo fundador pidió honores públicos. Desde el undécimo siglo hasta el pontificado de Leon X, que

(1) *In omnem terram exiit fama ejus*. Petr. Blesens.

(2) Benedict. XIV. Decreto de Beatificación del B. Nicolas Albergati 1744.

que parece cosa increíble en el discurso de quatro siglos, se contentaron los discípulos de Bruno con darle un culto secreto en su corazon, sin acordarse de reclamar para él un culto público en la Iglesia. Casi desaprobaba uno su humildad por el poco interes que tuvieron por la gloria de su padre, á no saber que, fieles á su espíritu, estaban mas bien animados del noble deseo de formarle imitadores, que deseosos de la piadosa ambicion de solicitarle altares. Lo que ellos no pidieron por su humildad, lo concedió la equidad de Leon X á la constante santidad de su fundador. Entónces pensó el mundo christiano que le veía salir de su sepulcro. Aplaudió con igual diligencia, tanto el triunfo del padre quanto el de los hijos, cuya sencilla y modesta piedad habia suspendido hasta entónces su brillantéz.

Vive y respira todavia. *Vivit adhuc Bruno*. Vive en sus milagros, en su culto, en sus preciosas reliquias. Yo no contaré entre sus milagros la solemne aprobacion que dieron á su Orden los concilios de Basla y Trento; la admirable proteccion que la concedió San Luis, las singulares gracias con que la enriqueció Luis el Grande. Pero nombraré por milagro aquel raudal que tan pronto sale como se detiene en su sepulcro, al modo que una fuente saludable, que suspendiendo el curso de sus aguas viene á ser una sima de males, y volviendo á darlas su curso ordinario presta mil beneficios. Confesaré tambien por tal esta constante sucesion de ma-

ravillas que se han seguido al establecimiento de su culto, aumentado su celebridad, y perpetuándole del modo mas seguro. Citaré por milagro este poder que acompaña por todas partes á sus reliquias, y excita no menos el respeto de los fieles que su reconocimiento. En una palabra, tendré por milagro la constante pureza en que se mantiene su Orden, y el nacimiento de otra nueva orden en la Iglesia.

¿No es en algun modo sobre el sepulcro de *San Bruno* donde se formó aquel hombre prodigioso, aquel taumaturgo del XV siglo, *San Francisco de Paula*, imágen de la penitencia, héroe de la sencillez evangélica? ¿Por que no me he de persuadir yo, que á la dicha que tuvo la *Calabria* de ver morir al fundador de los *Cartujos*, debe la gloria de haber visto nacer al de los *Mínimos*? El espíritu de ambos legisladores tiene mucha semejanza, porque el último no ha dexado jamas de aprovecharse sobre el sepulcro del primero de todo el vigor que comunican las llamas que salen de aquel precioso fuego que habia hecho y hará tantos penitentes y santos.

¿Me engañé yo quando dixé, que la gloria de *Bruno* permanecería constantemente despues de él por el discurso de todos los siglos? El fué un hombre que reflexionó sobre el mundo para menospreciarle. *Vidit*. Y el mundo reflexionó sobre su mérito para revalorarle. Huyó del mundo para santificarse en el retiro. *Fugit*. Y el mundo ha ido siempre

pre á buscarle á su retiro para consultarle. Creyó que en las montañas de la *Cartuja* impedía que lo conociese el siglo, y desde las mismas montañas se extendió su gloria con su Orden de ciudad en ciudad, de reyno en reyno, y de siglo en siglo. *Montes exultaverunt*.

Una señal que honra al Santo y á su Orden, al mismo tiempo que acaba su elogio, admiró á nuestros mayores en el último siglo. ¿Y qual es? Voy á manifestároslo. Quando la *Francia* se empeñó en llamar á su reyno las hijas del *Carmelo*, cuya reforma vió nacer la *España*, se observó una conformidad tan perfecta entre el espíritu que caracteriza á *San Bruno* y el que distingue á *Santa Teresa*, que se eligió al que gobernaba los discipulos de aquel para dirigir las imitadoras de ésta. Si sus ocupaciones y su instituto le obligaron á negarse á tan glorioso ministerio, aún á pesar de las instancias de *Clemente VIII* (1); en el mero hecho de haberle escogido á él con preferencia á todos los demas, se prueba, que pusieron los ojos en el prelado de la religion mas santa para hacer florecer desde su cuna á la mas santa de las reformas.

¡O padre, ó modelo, ó protector de esta Orden á quien ama la Iglesia y respeta el mun-

(1) Véase la Bula de *Clemente VIII*, dirigida en 1603 á la *Princesa de Longueville*. Esta Bula existia en los *Carmelitas* de la calle de *Santiago* de *Paris*.

Véase igualmente la vida de *San Juan de la Cruz*, en 4. tom. 2. lib. 10. pág. 500.

mundo! Anima, desde el cielo en que estás, su fervor, haz que se mantenga su zelo, escucha sus ruegos. Consíguela la gracia de que sea siempre lo que es; quiero decir, que sea siempre penitente, siempre contemplativa, siempre solitaria, siempre digna de tí. Haz que siempre sea fiel á la fe por la sumision, útil á la sociedad por sus oraciones, vencedora de las tentaciones por su vigilancia, y que por medio de la caridad forme tantos ciudadanos para el cielo, como cuenta de individuos en la tierra. Así sea.



\* \* \* \* \*

## PANEGÍRICO

DE SAN JUAN DE LA CRUZ,  
Coadjutor de Santa Teresa en la re-  
forma de la órden de Nuestra Señora  
del Carmen, y primer Carmelita  
Descalzo:

### PREDICADO

*en la iglesia de los Reverendos Padres  
Carmelitas Descalzos de París.*

---

*Ad nihilum redactus sum..... & cum  
gloriâ suscepisti me. Fui reducido  
á nada, y vos me habeis llenado  
de gloria. Ps. 72. v. 22. 24.*

**L**a abnegacion evangélica es una virtud que el mundo ignora ó menosprecia, aunque la Religion la aconseja y premia. Sin ella toda santidad es errónea, porque la que es verdadera, no tiene otra basa ni fundamento.

Para dar una idea del mérito y frutos de